

A watercolor illustration of a figure falling. The figure is rendered in black ink outlines, with a dark, shadowed body and a lighter, more ethereal upper portion. The background is a textured watercolor wash in shades of brown, purple, and blue. The title 'Cayendo como una piedra' is written in white, sans-serif font across the middle of the image. The words 'piedra' and 'piedra' are faintly visible in the background watercolor.

Cayendo como una piedra

Francisco Javier Pérez Castillo

Cayendo como una piedra

CAYENDO COMO UNA PIEDRA

novela escrita por Francisco Javier
Pérez Castillo

Copyright © 2018 Francisco Javier Pérez
Castillo

Todos los derechos reservados

ISBN 978-1725942356

Portada: Nono Guirado

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada
en o transmitida por, sin el permiso o consentimiento del autor.

A Miguel, a Juan Luis y a
Rahima. Muchas gracias.

Y a María José Fernández, presidenta de
AMACAE Madrid, gracias.

Para
Yasín, Omar y Zacarías.

—Vamos, hijo, que se te va a hacer tarde. El desayuno lo tienes ya en la mesa desde hace rato. Y se te va a enfriar la leche. Venga, vamos, levántate ya.

Era la tercera vez que le llamaba. Daniel se tapó por completo con las sábanas. No tenía muy claro si le iba a salir el plan tal y como él lo había pensado. Pero había que intentarlo. Tenía que hacer todo lo posible para no ir nunca más a la escuela. Aunque esta vez toda su estratagemma le valiera simplemente para librarse de ir hoy a aquel patio de torturas, merecería la pena. Así ganaría tiempo para pensar con más tranquilidad qué hacer. Unos minutos después su madre abrió la puerta y elevando el tono de voz, mostrando así con suma claridad que su paciencia se había agotado, le gritó rudamente.

—¿Todavía estás ahí? ¿No te parece que ya has hecho suficientes tonterías por hoy? Esta noche a las nueve te vas a dormir. Y sin la Tablet. ¿Hasta qué hora estu-

viste anoche jugando con el dichoso aparatito? ¡Seguro que te dieron las tantas!

Daniel seguía sumergido en aquel desordenado mar de sábanas. Era verdad que había estado hasta tarde con la Tablet, pero no jugando. Había pasado gran parte de la noche mirando enfermedades raras que poder fingir por la mañana. Descubrió así que había niños por el mundo que padecían el síndrome de Moebius, el síndrome de Aase o el de Gilles de la Tourette. Hidrocefalia, fibrosis quística o hemofilia eran el nombre de otras tantas enfermedades que pululaban por la Tierra en busca de un niño al que sabotear; o al menos él imaginó así a las enfermedades, como fantasmas merodeando las ciudades en busca de niños distraídos a los que poseer. Daba todo bastante miedo. Se imaginó su aspecto con todas aquellas enfermedades deambulando por el recreo. Calvo o con tics incontrolables. Otras veces se imaginó entrando en clase con cara de viejo o la piel y el pelo color albino. ¿Cómo reaccionarían Toro y sus amiguetes? Al final se decantó por el Sí-

drome del Intestino Irritable. Exteriormen-
te no se notaba. Había leído, además,
que se caracterizaba por un dolor abdo-
minal intermitente, su intensidad y ubica-
ción era variable, así como la presencia
de diarrea o estreñimiento. También acla-
raba el artículo que no había una prueba
estandarizada para probar su existencia y
que se diagnosticaba por eliminación,
cuando ninguna otra dolencia podía ex-
plicar los síntomas. Esto último le pareció
genial. Le tendrían que hacer miles de
pruebas, lo que suponía miles de días fal-
tando al colegio.

—¡Daniel! ¿Me estás escuchando?
¡Despiértate ya y sal de la cama! ¡Coño!
¡Todos los días haces que me cabree!

Estas últimas palabras lo sacaron de
sus pensamientos y lo trajeron de nuevo a
su habitación, a las ocho y cuarto de la
mañana de un día de colegio. Sintió una
apretura tremenda en su corazón. Rafaela,
viendo que no reaccionaba, se acercó a la
cama y tiró de la sábana. Se encontró a
Daniel hecho un gurrño, llorando.

—¿Qué te pasa, Danino?

—Estoy malo, mamá. ¡Y no me llames más Danino! No me encuentro bien. Me duele mucho aquí —dijo señalándose el estómago.

—No puede ser, hijo. Todos los días estás con lo mismo. Que si la pierna, que si la cabeza, que si la garganta...

—Pero es que me duele mucho. Y estoy estreñado y...tengo diarreas —dijo esto último dudando.

Su madre lo miró atentamente. La verdad es que no tenía buen aspecto. Llevaba una semana bastante pálido y alicaído.

—¿Tienes ganas de vomitar? ¿Estás estreñado? ¿Estás mareado?

Daniel, que en aquel momento se encontraba liado entre tantos posibles síntomas, dijo que sí a todo. Rafaela tocó con su mano la frente.

—Uy, pero si estás helado. ¿No te levantarías a media noche a comer chocolate y otras guarradas?

Daniel negó con la cabeza. Rafaela se quedó unos segundos en silencio mientras recordaba qué había puesto de cenar la noche anterior. Sí, había sacado de pri-

mero una sopa y después un huevo frito. Todos habían comido lo mismo. Y tanto ella como Emilio se encontraban perfectamente. Además, Daniel no probó apenas bocado. Se quedó en silencio, pensando algo que hubiera comido él y los demás no. No recordó nada.

—Anda, vístete y te llevo al médico — dijo resignada—. Pero luego le pides a algún compañero que te diga lo que habéis dado y las tareas que haya que hacer. No irás al colegio hoy, pero estarás toda la tarde repasando—. Esto último lo dijo con un tono más severo.

Por primera vez en la mañana se dibujó algo parecido a una sonrisa en la cara de Dani. Su madre salió de la habitación y se dirigió a la cocina. Allí cogió el móvil y llamó al médico para pedir cita. Daniel escuchó con alegría repetir a su madre la hora de la cita. A las once y cuarto estaría en la consulta del médico. Le hiciera lo que le hiciera el doctor para buscar su ficticia enfermedad seguro que no era tan doloroso como lo que le haría padecer Toro en el recreo. Ayer, tras un par de pu-

ñetazos en el estómago y alguna que otra patada en las rodillas, tuvo que comerse unos mocos verdes y bastante asquerosos que acababa de sacarse Toro mientras un grupito de cinco niños entre risas animaba el espectáculo. Aún se le revolvía el estómago con solo recordarlo. Y anteayer, justo después de quitarle la merienda, le hizo la zancadilla y casi se queda sin dientes. La parte de la noche que no estuvo buscando enfermedades raras la pasó pensando qué le tendría preparado para hoy Toro. Así que ver el horizonte despejado le hizo sentir cierto alivio. Encima era viernes. Y después venía el sábado y luego el domingo. Sí, ahí había muchas horas de tranquilidad.

De camino al médico, aquellas desagradables historias protagonizadas muy a su pesar por él y por Toro fueron diluyéndose entre aquellos maravillosos rayos de sol y la brisa de la mañana. Además, pararon en un quiosco y consiguió sacarle a su madre un cómic de Spiderman. No era de sus favoritos, pero era de lo poco que había allí. A él le gustaban los cómics

de Dragon Ball. Le fascinaba esa manera que tenía Goku de encarar a los malos. Podía luchar contra villanos súper poderosos y gigantescos que, en su rostro, por mucho que mirases, jamás se atisbaba la más mínima mueca de miedo. Tendría que ser más como él pensó mientras esperaba sentado a que le tocara entrar en la consulta del doctor.

2

Rafaela dudó si encender las luces o esperar un poco más. Era aún temprano, pero la orientación de la casa hacía que la habitación quedara con una penumbra que a ella se le antojaba desagradable. Decidió esperar un poco más. Para lo que estaba haciendo no necesitaba tanta luz. Continuó mirando el móvil. A su lado estaba Daniel que, por la inverosímil postura que había adoptado, parecía más un muñeco de peluche abandonado de cualquier manera por un niño ya aburrido de él que un niño propiamente dicho. Tenía media espalda sobre un brazo del sofá, la cabeza girada a la derecha y las piernas a medio enrollar sobre sí mismas.

—¿Qué hora es?

Nada más terminar la pregunta se arrepintió de hacerla. Rafaela levantó la vista del móvil y le amonestó.

—Tres minutos más que la última vez que me preguntaste. Daniel, por favor, levántate y haz algo que me estás poniendo de los nervios. Y no me preguntes más

por la hora. Tu tía llegará a la hora que tenga que llegar.

—Pero tú me dijiste...

—Yo no te dije nada. Solo que vendría después de comer—. Dijo en tono seco y severo.

—Y ya hace dos horas que hemos comido.

—Ya sabes cómo es tu tía. Seguro que se ha parado a hacer fotos a cualquier cosa que se le haya antojado bonita. Ponte a hacer algo y verás que cuando menos te lo esperes aparecerá.

Daniel resopló. No confiaba demasiado en esa teoría. Decidió mantenerse en silencio. Por inercia volvió a comprobar si el dibujo aún seguía en su sitio, igual que había hecho justo antes de preguntar la hora. Pasó las hojas del cómic. Y sí, permanecía entre la página final y la contraportada, justo en el lugar en el que lo había dejado. Ana le había pedido que le hiciera un dibujo para ella. Quería un animal. El que él quisiera. Ana decía que hacía unos dibujos preciosos, sobre todo los de animales. Le encantaba la manera que

tenía de colorearlos y los trazos que utilizaba para darles la forma. Y fue por eso por lo que mientras esperaba la llegada de su tía Ana, tumbado sobre su cama, rememorando la última vez que la vio, recordó aquella escena en la que le pidió que le regalase en la siguiente visita un dibujo de animales. Podía visualizar no solo la ropa que llevaba en ese momento Ana y la manera en la que su tía movía los labios para pedirle que le regalase un dibujo. Incluso podía oler de nuevo el perfume con el que iba engalanada aquella tarde. Le encantaba ese olor fresco. Se le metía tan adentro que le llegaba a refrescar hasta los huesos. También se acordaba del lugar en el que le dijo eso. Fue justo en la puerta de su habitación, junto al escritorio. Estaba de cuclillas y puso primero todos los dibujos en fila. Luego apartó unos cuantos y dijo:

—Estos son geniales. Deberías seguir dibujando de esta manera. Tienen algo.

Daniel no entendía muy bien qué quería decir su tía con esas palabras, pero le encantaba la cara de fascinación que po-